

Exposición fotográfica

Con Kafka por Praga

● Un simple, austero bloque de piedra—cuyo diseño se atribuye al escultor Lovas—que se va abriendo hacia arriba, señala la tumba de Franz Kafka en el cementerio israelita de Stranice, Praga. Arriba de todo su nombre, y debajo el de su padre y el de su madre. Dentro de la tumba el primer cuerpo fue el de Franz, y pegado al suyo, el de Hermann Kafka, el castro de Osek, su padre, el que motivó la tremenda carta que nunca llegó a leer: "no puedo creer que fuera tan difícil manejarlo, no puedo creer que una palabra amistosa, un quieto tomarme de la mano, una mirada buena, no pudieran haber exigido de mí lo que se quisiera".

ESTAMOS en la fascinante exposición Kafka abierta en la Biblioteca Nacional, estamos en la Praga de la segunda década, estamos entre retratos familiares, documentos, calles admirables, terribles castillos que se alzan apabullantes, recoletas imágenes de sinagogas, y no es el horror sostenido de una literatura genial lo que salta hacia nosotros, sino una profunda, desolada ternura; es el tiempo perdido, la vida familiar, la alegría juvenil, la lectura de los libros, creaciones de un ser humano que estamos tocando en estas fotos, que se nos entrega con su sonrisa primera y que se despide de nosotros con sus ojos alucinados que nos dicen, apagadamente, casi en secreto, un verso de Darío: "Mis ojos espantados han visto, tal ha sido mi triste suerte".

Fuimos siempre paso a paso, como el compañero que no tuvimos allí está en la foto escolar clásica, en el alto de la gradería, con su pelo partido al medio, sus grandes orejas, la cara de circunstancias con que se aguardan los largos preparativos del fotógrafo; y está en la foto-estudio, delicado, lleno de la dulce gracia de infancia, delicado joven, y está en la fotografía adolescente, colgado con los brazos de la verja, entre las sombras de las hojas y la frescura de las hojas que lo manchaban continuamente; y es el delicado joven del sombrero hongo con su sonrisa sutil, leve y confiada; y es ya el más duro joven doctor en jurisprudencia que sigue cierta orgullo profesional y en la hora del Brézel, en fiesta, metido en el avión de juguete en la época de los primeros vuelos insignificantes por el espacio, con Christena y Fick. Y ya empieza un mundo torturado.

Empieza antes, aunque sea difícil discernirlo a través de las fotos: manuscritos aparecen los retratos de la madre y el padre, esas imágenes que se cuelgan en la sala dentro de marcos dorados, el en la plenitud de sus fuerzas, Franz está también en una foto que su hijo no pudo ver. El anciano inválido, la madre deforme que empuja el carrito, y ese rostro gastado que se vuelve hacia nosotros y nos retrata su desvalimiento, no es no puede ser, el de aquel padre con traje de portero y almanaca, casi militar, que en la mansión se mueve con aseo a su hijo, que se transformado "en un monstruo insecta". Otra tortura, más dulce, más desgarrante también, son las mujeres, ese círculo de mujeres que lo ha rodeado, primero las hermanas, las tres en una foto chejoviana, rayada como un misterioso dibujo abstracto, con la pequeña Ottilia, lo pequeña, y Ottilia menor, junto a él, ya jóvenes, en la aldea Siren de Bohemia donde ella vivía, y cuando vemos esas criaturas empapadas, como conejos de masapán, es sobre todo pensar que todas ellas terminaron en los campos de exterminio nazi, porque nos parece que murieron así, niñas, no las mujeres que fueron luego, sino esas criaturas de 1890 con sus caritas de porcelana amarilladas bajo los gorros peludos. Y luego Felicia Bauer de Berlín, el amor tormentoso, la relación de 1910 a 1917, la mujer con cuyo destino comprometido, la que trasladó, a El Proceso bajo el rostro de Fraulein Burekner, con sus "cajas firmes, de caballo duro. Y este por último la



FK "MIS OJOS ESPANTADOS HAN VISTO"

dulce Milena con su cara redonda de buen pan cocido, clínico a pandeña, a hogar, a ternura, la buena Milena Jesenska a quien la mala esposa del pelo pelo una aureola, la que lo atendió de 1921 a 1922, la que lo trajo por primera vez al checo, la que lo supo muerto, la que conoció su gloria postuma, la que murió en un campo de concentración paralizado "La colonia pragueña" que allá lejos, en su adolescencia, ella leyera aterrada descubriendo un genio de "lo imaginario atroz" que para ella al fin se convirtiera en "lo real".

PRAGA, antigua y permanente, pasa frente a nosotros, la calle de Mikuláš desde de viviana, la iglesia de San Vito dentro del castillo que desde lo alto guarnece la ciudad, las callejuelas y los techos del barrio Viejo, el palacio Kinsky, los jóvenes amigos del cenáculo pragueño que ansiaban y no sabían que habían de devenir celebrados; Franz Werfel, el leal Max Brod, el primero con su seducción angelica y demonica, el segundo con su cara de joven profesor, ya dispuesto para el cargo de testamentario de las obras de su amigo; la calle de los Alquimistas, con esa proyección de casas del ghetto, la silla puesta en la arena con el jarro encima, la pila de agua, las puertas cerradas, las ventanas de gruesos postigos, todo dispuesto como un escenario que se ha fantasmado y que solo espera que entren corriendo los niños, entre ellos Franz, para que el tiempo quieto alce, y estemos de nuevo en la atormentada infancia, en el principio del principio.

La participación de la muerte que firman Hermann y Julia Kafka, el artículo necrológico de Milena, la nota que le consagra la revista "Kommunistické Revue" en 1924, diciendo, que había desaparecido una criatura fina, creadora de bellas historias donde los pobres eran queridos y los ricos repudiados, y esto escrito por sus compañeros comunistas del

año 1924, que no podían sospechar que otros comunistas habrían de reproducirlo. Y también la traducción de Dee Hezer, el capítulo primero de América, que hiciera Milena Jesenska para la revista "Junak" que dirigió el famoso socialista checo S. K. Neumann.

Y otra vez, ampliadas, los ojos alucinados del siempre joven Franz Kafka, esa mirada que ya no es dulce, ni ingenua, ni triste, ni dolorida, como lo ha sido en sus anteriores retratos, que es la mirada de quien ha penetrado, como nadie, en el misterio agobiador del mundo que vivimos y que ha tocado, como dice nuestro poeta, "el agua madre, el mamantil del mundo", y desde allí, desde ese otro humilde sendero del saber, nos mira y nos transforma con su mirada en criaturas de una posibilidad que imita lo real.